

FILOSOFIA Y UNIVERSIDAD

José Luis Jaime Correa.

Discernir acerca de la universidad y su papel en la sociedad representa una gran responsabilidad de los universitarios y de los profesionistas de la filosofía; por ello, las consideraciones aquí expresadas representan una contribución a esta tarea actual.

POR UNA NUEVA RACIONALIDAD UNIVERSITARIA HACIA UNA NUEVA ETICA SOCIAL

La filosofía como orden intelectual, generadora de conocimientos, que critica y somete a examen constante el contexto social, económico y las formas ideológicas en que se expresa, se encuentra presente en todos los ámbitos del quehacer universitario. Por lo tanto, no podemos hablar de universidad sin filosofía, ni filosofía sin universidad; ambas coexisten y trascienden hacia el conjunto de la sociedad.

Así, la función crítica de la universidad es una función profundamente filosófica, en tanto que pone en cuestión el orden social existente.

Sin embargo, es necesario desmistificar el papel de la universidad como factor de cambio social, ya que con mucha frecuencia, en el discurso oficial y en el discurso alterno con esta afirmación se encubren proyectos, aunque parezca paradójico, ampliamente conservadores.

Se puede pugnar por el cambio social por parte del Estado, en el sentido de modernización y refuncionalización de la sociedad capitalista, asumiendo sólo una función administrativista y eficientista de la universidad, concepción que contribuye a la despolitización y enclaustramiento del universitario.

Por otra parte, cuando fuerzas universitarias se presentan como portadoras del cambio social, soslayando la calidad de la enseñanza, auspiciada por la ideologización y la concepción de que la universidad constituye un sujeto social más o menos homogéneo para la lucha política contra el régimen social existente, con una gran carga de romanticismo, se transforman en verdaderos obstáculos para el funcionamiento esencial de la universidad que es fundamentalmente académico.

Ambas concepciones no contribuyen a generar cambios sociales, más bien los detienen y cuando estos

finalmente se dan los hacen más dolorosos para la mayoría de la sociedad.

Ciertamente, la universidad no es un microcosmos que requiera de un tratamiento separado del contexto social y político donde se encuentra inmersa, como tampoco lo puede sustituir.

POR UNA NUEVA RACIONALIDAD UNIVERSITARIA

Al criticar las concepciones anteriores no hay un desentendimiento del entrecruzamiento del interés económico, político e ideológico que está presente en la universidad y que expresa el entrecruzamiento de intereses de clases y fracciones de clases sociales; eso está presente, pero la preocupación principal está centrada en cómo lograr instrumentar una nueva red de relaciones sociales universitarias, que implica construir un sistema de organización de las funciones universitarias y del comportamiento colectivo de los sectores que integran la universidad comprendidos en el concepto incluyente, tradicional, de comunidad universitaria.

Pugnar por una nueva racionalidad universitaria implica desarrollar la democracia, y aunque existen múltiples equívocos respecto del concepto de democracia, para efectos del presente trabajo lo entenderemos en la acepción siguiente: como el "procedimiento para que se exprese la voluntad mayoritaria", en este caso para la labor autogestiva de la Universidad.

Así, el desarrollo de la democracia universitaria implica reconocer los avances logrados y no partir de cero.

Si partimos de que en la universidad se expresan las diversas modalidades sociales en cuanto a intereses ideológicos, preferencias políticas, culturales, etc., porque cada universitario no puede desprenderse de todo esto al pisar el Campus universitario, sigue siendo deseable y esperanzador el que prevalezca la cultura de la tolerancia y el diálogo expresada en el respeto al pluralismo ideológico y el rechazo a las formas autoritarias de administración universitaria. Porque quienes niegan esta realidad lo hacen en función de una preferencia política que busca hegemonizar o defender la hegemonía

ya existente en las relaciones universitarias.

Entre los sectores que integran la comunidad universitaria, prevalecen intereses específicos que no se pueden soslayar, pero que acompañados de vicios y deformaciones equivocan el quehacer universitario; por ejemplo, el gremialismo de los sindicatos tanto de maestros como de trabajadores administrativos, que se limitan a luchar por demandas económicas y prestaciones sociales sin repensar de manera global la estructura y las funciones universitarias, sin considerar las mediaciones económicas entre la universidad y el Estado; desde luego aquí nos referimos a las universidades públicas, muchas veces esta conducta aparece como el rechazo al compromiso de autoridades con el Estado antes que con la comunidad que los elige, pasando a considerar a las instituciones públicas de educación superior como subsidiarias del Estado, acriticas y orgánicas frente al Estado y las clases sociales dominantes.

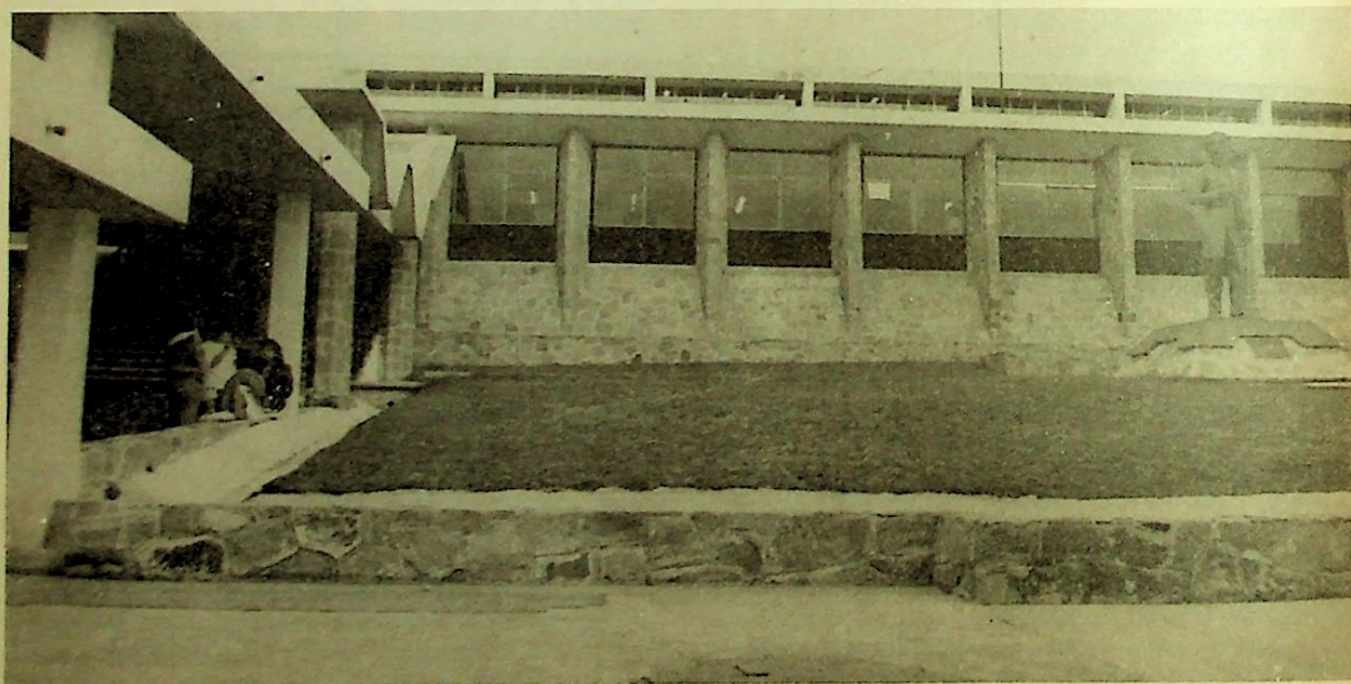
Ante esto se impone como una necesidad filosófica universitaria, recuperar la memoria histórica de la

universidad para fincar en ella la acción del presente, si la queremos transformadora y democrática.

Otra de las deformaciones del quehacer universitario lo constituye el asambleismo estudiantil, que si bien prevaleció en la década de los setentas sigue vivo el interés por conservarlo como una de las prácticas de participación estudiantil al margen de los actuales órganos universitarios para la toma de decisiones y que históricamente son producto de las luchas universitarias.

Vistos los actuales órganos de gobierno de manera ahistórica no dejan de ser una tentación para su deslegitimación democrática, amén de que en muchos casos por la falta de participación han sido también nuevos factores de control universitario.

Frente al fenómeno cada vez más creciente de la masificación de la universidad, esta práctica estudiantil como órgano principal de decisiones universitarias experimenta menos consenso. Salvo cuando surge como respuesta espontánea y coyuntural ante actitudes de impasión por parte de las autoridades en turno.



Además de que los estudiantes a pesar de que constituyen la mayoría de los universitarios, son también los menos estables y los más efímeros en su estancia en la universidad, cuestión que los diferencia frente a los trabajadores académicos, manuales y administrativos. Esta característica influye con mayor peso cuando los estudiantes no tienen organización propia que les permita dar continuidad a la transmisión de experiencias de autogestión universitaria, dejando en ocasiones esta tarea en manos de los maestros, lo cual contribuye a fomentar paternalismo descuidado su formación académica.

Finalmente hay que decir que estas deformaciones se han visto estimuladas por el "cliché teórico" reduccionista de considerar a la universidad como aparato ideológico del Estado, creado por el Estado para reproducir la ideología dominante simple y llanamente; las autoridades, en distintas instancias, consideradas como representantes del Estado en la universidad. Se olvida que como superestructura ésta también expresa las ideologías críticas frente al Estado, que las instituciones superestructurales no son homogéneas porque no es homogénea la sociedad de la cual se nutre.

Frente a estas adversidades que permean el ambiente universitario es necesario impulsar un nuevo pacto social en la universidad que no elimine la dialéctica interna de la institución, pero que sea la vía para instrumentar el debate interno bajo la modalidad de confrontación de ideas y proyectos, bajo el rubro común de defensa de la universidad y su quehacer académico.

HACIA UNA NUEVA ETICA SOCIAL

Repensar filosóficamente el papel de la universidad en la sociedad implica considerar que cada proyecto de universidad responde y contiene un proyecto más amplio de la sociedad en su conjunto.

Que uno de los roles que le toca cumplir a la Universidad es ser una institución productora de cuadros profesionales, y en este rubro es tan variada la función

de la universidad, que dependiendo de las ideologías que prevalezcan en su seno, lo mismo produce cuadros para el Estado, la iniciativa privada, que para la oposición al Estado en sus distintos matices.

Que los intelectuales que se forman en la universidad contribuyen a reproducir las relaciones sociales dominantes o relaciones sociales liberadoras, por ello, dotar al futuro profesionista de la capacidad para elegir y normarse una conducta social.

Dotar al estudiante de una "amplia educación política y una sólida educación moral".

En suma, lo que se trata es formar un nuevo tipo de intelectual, dotado de una nueva conciencia, una conciencia crítica que fomente nuevas formas de conducta social.

Alcanzar estas características en la universidad implica plantearse, como una necesidad apremiante, la más amplia participación de los universitarios en una labor autocrítica y valorativa de las tareas académicas, a la luz de los grandes retos que como institución se enfrentan y descubrir si se está a la altura de los grandes problemas estatales y nacionales de hoy.

Esto implica involucrar a los distintos sectores que conforman la comunidad universitaria en la conformación de un proyecto alternativo de universidad, cuyo eje principal sea el aspecto académico curricular, que tenga que ver con qué se enseña y cómo se enseña.

En fin, un proyecto que ponga énfasis en la transmisión del saber, en la producción de nuevos conocimientos y en su difusión, sin desprenderlo de las formas de gestión universitaria.